

Pero el general Carlos Prats, en verdad, ya no importaba nada. Después de haberse unido estrechamente, a partir de noviembre, los generales «reformistas» y «duros», existía una mayoría sustancial a favor del derrocamiento de Allende. Por lo demás, la ayuda ofrecida por el Pentágono y su anuncio de que el Gobierno brasileño también estaría a su lado, daba mayores ímpetus a la idea de reemplazar el Gobierno civil por uno militar, «sin plazo fijo de término».

Los generales chilenos, en la reunión final con los enviados del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos, hicieron una contraproposición que fue aceptada. Dijeron que darían de plazo a «los organismos constitucionales» chilenos para que derrocaran a Allende hasta marzo de 1973. Si en esa fecha los partidos demócratacristiano y nacional no eran capaces de sacar dos tercios de parlamentarios para destituir al Presidente por simple mandato del Congreso, entonces se prepararían rápidamente para dar un golpe militar eficaz, drástico y masivo.

La maquinaria quedó alineada en su punto de partida.

### *El fracaso político*

En enero de 1973, en la ciudad de Viña del Mar, se reunió la directiva ampliada de la Sociedad de Fomento Fabril. El tema de discusión era obvio: un resumen de la fracasada campaña del año anterior para derrocar al Gobierno constitucional. Se leyó un resumen hecho por las autoridades oficiales del Gobierno, en noviembre de 1972, sobre los efectos materiales del «paro de octubre»:

«El paro patronal de octubre perseguía la caída del Gobierno Popular y en esto fracasó rotundamente. Pero en lo que logró golpear al país fue en sus objetivos económicos. Provocar un desbarajuste en los transportes, en la circulación y en la distribución de los productos de consumo, de las materias primas y combustibles. Pese al esfuerzo de los obreros que mantuvieron en funcionamiento las industrias, pese al empeño de la juventud que suplió con su trabajo voluntario la carga, descarga y movilización de los productos, pese a la protección de las Fuerzas Armadas, el enemigo logró inferir serios e irreparables daños a la economía nacional, a la producción presente y futura.

»Durante los 26 días del paro patronal se perdieron impor-

tantes volúmenes de productos percederos, entre ellos más de 10 millones de litros de leche que no pudieron llegar a las plantas. Hubo que sacrificar miles de cerdos y aves que no alcanzaron a recibir el alimento. El no traslado oportuno de las semillas, de los fertilizantes, implicó que habrá bajas de siembras y de los rendimientos que podrían haberse logrado en numerosos cultivos. Gran cantidad de industrias, aunque no se paralizaron, debieron disminuir su producción para no agotar sus existencias de materias primas. Las fundiciones de Paipote, Potrerillos, Ventanas y Chagres dejaron de producir más de 5.000 toneladas de cobre porque se interrumpió el transporte de concentrado desde los grandes yacimientos mineros. A otras fábricas les afectó la disponibilidad de combustible. Se atrasaron muchos proyectos de construcción e inversión. Quedaron postergadas reparaciones urgentes porque no llegaron a tiempo elementos, piezas o equipos indispensables. Todo ello condujo a la baja apreciable en la producción de octubre lo que repercutirá en el índice del año y de los próximos meses.

»Desde el punto de vista financiero, el Gobierno experimentó la pérdida de los ingresos de las plazas de peaje; se dejaron de percibir los impuestos de la compraventa —la más importante de las recaudaciones tributarias— y se mermaron considerablemente otras fuentes impositivas. Ello significó nuevos déficit financieros y emisiones monetarias adicionales para evitar males mayores.

»Con todo, la reacción no se la pudo. Se mostró más grande la fuerza del proletariado, de la aplastante mayoría de los campesinos, de la juventud, las mujeres, los sectores patriotas de la pequeña y mediana industria, el comercio y los transportes que desafiaron las amenazas de los golpistas. El pueblo consciente y organizado, comprobó su capacidad para sostener la vida del país en las más difíciles condiciones.

»La lección de octubre es que la reacción, con todos los inmensos recursos y el respaldo de la conspiración internacional, puede ser derrotada.»

Los asistentes a la reunión de la oligarquía industrial en Viña del Mar estuvieron de acuerdo en que este breve informe del Gobierno era correcto: se había herido gravemente a la economía nacional, pero no a la voluntad de combate de los obreros, campesinos, empleados y demás sectores que apoyaban el Programa de la Unidad Popular. Se había puesto la producción nacional al borde del colapso, pero el Gobierno de

Allende seguía en pie y en aparentes mejores condiciones que antes. Se había conseguido que las Fuerzas Armadas no actuaran con decisión en favor del Gobierno; pero, al final de los 26 días críticos, frente a la atemorizante movilización del pueblo, había aparecido integrando el Gabinete del presidente Allende, como Vicepresidente de la República, un general.

Sin embargo, también estuvieron de acuerdo en que había que seguir en el empeño de botar a Allende. Durante el paro de octubre, solamente en los 26 días que duró, habían gastado los oligarcas industriales más de 100 millones de dólares en pagos a gentes en huelga. Ese dinero provenía, en gran parte, de sectores industriales brasileños, argentinos y venezolanos. Y esa gente quería resultados, no excusas.

Examinando la situación con mayor precisión, los oligarcas industriales notaron que el alza del costo de la vida en diciembre de 1972, había terminado con un 99,5 %, record de inflación para Chile, y que el aparato productivo estaba tan deteriorado en octubre, que la escalada de la escasez de alimentos y productos esenciales era tremenda y las colas para conseguirlo duraban días enteros en diversos barrios de la capital. En suma, se podría predecir que durante los meses de enero y febrero de 1973 habría una estampida inflacionaria, un deterioro considerable de las condiciones de vida y, por lo tanto, una capacidad de «influir favorablemente en la opinión pública para que vote en contra del Gobierno en las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973».

Se acordó entonces pedir apoyo, principalmente, a empresas multinacionales de los Estados Unidos y a las asociaciones industriales de Brasil, con ello se pretendía formar una «caja electoral» para los candidatos a parlamentarios de la Democracia Cristiana, Partido Nacional, Democracia Radical y otros grupúsculos de derecha. La caja resultó enorme. En sólo siete días, entre el sábado 17 y el viernes 23 de febrero de 1973, el candidato a senador por Santiago, Eduardo Frei Montalva, gastó en propaganda de diarios, revistas, afiches, folletos, televisión, radio y movilización callejera, dos millones de dólares.

La Sociedad de Fomento Fabril creía, en enero de 1973, que con esas condiciones de deterioro económico, jamás vistas en Chile hasta entonces, los candidatos de la reacción llenarían los dos tercios de los escaños parlamentarios. De esta forma, cuando el 21 de mayo siguiente comenzara a funcionar el nuevo Parlamento, Allende podría ser destituido constitucionalmente.

Sin embargo, a pesar de haberse fijado esa estrategia a corto plazo, en la reunión de Viña del Mar se previó una alternativa. La alternativa de que «la UP saque más de 40 % de los votos». Si esto ocurría, «aunque parece muy remoto», «nuestra única salida es la guerra civil». De modo que al finalizar su reunión en Viña del Mar, la oligarquía industrial chilena acordó, al mismo tiempo que poner todas sus fuerzas al servicio de la campaña electoral, no dejar en ningún instante de alimentar a los grupos fascistas Patria y Libertad, Comando de Ex Cadetes, etc., para que siguieran cumpliendo con sus tareas de sabotaje y de infiltración en las Fuerzas Armadas.

La Sociedad de Fomento Fabril discutió con la Sociedad Nacional de Agricultura y con la Confederación Nacional de la Producción y el Comercio y estuvieron de acuerdo, en general, con los mismos puntos.

Se desató la campaña electoral con el lema público por parte de los reaccionarios de «conseguir los dos tercios para destituir a Allende». El lema del candidato a senador nacional por Santiago, Onofre Jarpa, era: «No nos hace falta un nuevo Parlamento, sino un nuevo Gobierno».

Sin embargo, la campaña electoral, por parte de los partidos de derecha, se dio de tal modo, que pronto eran muchos los que daban cuenta que la elección misma era un mero pretexto. El diario de izquierda «Puro Chile», por ejemplo, durante todo el mes de febrero denunció en sus editoriales que «a la Sociedad de Fomento Fabril, a la Sociedad Nacional de Agricultura y a la Confederación Nacional de la Producción y el Comercio, no les interesa que sus políticos, como Frei y Jarpa, lleguen al senado para «legislar». Les interesa que lleguen para derrocar al Gobierno de Allende de alguna manera recubierta de «constitucionalidad». Así, en esencia, para la derecha en este país, la obtención de los dos tercios en el Parlamento es apenas un accidente. Se puede dar o no se puede dar. Si lo consiguen, destituirán a Allende después del 21 de mayo. Si no lo consiguen, llevarán adelante su complot para destituirlo de todas maneras, recurriendo a los altos mandos fascistas que en nuestras Fuerzas Armadas se han dejado engañar por sus cantos de sirena. El peligro del golpe comenzará en la misma noche del 4 de marzo. El imperialismo norteamericano ya ha dado orden a sus lacayos en Chile que derroquen al Gobierno constitucional de cualquier manera. Por eso, el pueblo tiene que estar alerta. No tiene que dejarse engañar con la idea de que «en las elecciones

se resuelve el problema del Poder». En las elecciones no se resuelve nada. El problema del Poder se resuelve preparándose para enfrentarse a los fascistas en su propio terreno y con sus propias armas. Claro, es cierto que hay que luchar para que el enemigo no saque los dos tercios en marzo. Pero eso es fácil conseguirlo. Se ve en la calle, en las poblaciones, en las fábricas y los asentamientos campesinos. Lo duro es lo otro. Y eso hay que conseguirlo. Organizar, los obreros como dirigentes, a los campesinos, empleados y demás sectores patriotas entre los pequeños y medianos empresarios, para formar un muro imbatible para la contrarrevolución fascista, y enseguida destruirla con sus propios métodos».

Este tipo de editorial en el diario «Puro Chile» causaba muchos problemas en el seno de la Unidad Popular (excepto en un sector importante del partido socialista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, donde había el mismo pensamiento que en el periódico), la cual, bajo el mando personal de Allende, y con el apoyo total de la directiva del partido comunista, había afrontado las elecciones parlamentarias de marzo como «la única» tarea de las organizaciones populares, que habían demostrado una enorme fuerza durante el paro empresarial de octubre de 1972. Basándose en esta línea general, se había dado una lucha muy fuerte por reemplazar las directivas de los cordones industriales, que estaban en manos de sectores avanzados del partido socialista, del MIR, del PCR y de partidos independientes de izquierda, por cuadros que siguieran la senda indicada por Salvador Allende y sus ministros comunistas: a «Hacer la revolución es producir».

Sin embargo, la idea de los cordones industriales era otra. Era la de formar «batallones de masas» para detener la contrarrevolución armada. Esto fue catalogado de «infantilismo de izquierda» por las publicaciones oficiales de la UP controladas por el Presidente y por los partidos que le acompañaban.

Para los redactores de diarios como «Puro Chile» el problema también estaba, además de consolidar el pensamiento de «prepararse para la lucha», en advertir al pueblo de que la conspiración fascista tenía hondas raíces en los altos mandos de las Fuerzas Armadas, sin que esta denuncia significara el cierre del periódico por «injurias a las Fuerzas Armadas». Este hecho refleja cómo estaban atadas las manos de los izquierdistas en ese momento por todo el aparato «legalizante» del proceso que se desarrollaba en nuestra sociedad.